

Fular de seda

Ester Díaz Blázquez



Capítulo 1

Fular de seda

No sé si fue el doctor Herrando el que le dijo a mamá, que yo iba a ser tonta, bajita y fea el resto de mi vida, o lo fue deduciendo ella en el transcurso de los años. Mamá me llevaba a múltiples revisiones en la que me hacían una radiografía de la mano y la muñeca izquierda, para saber así cual era el estado de mi crecimiento. Yo odiaba a Blanca y muchas veces deseé que nunca hubiera nacido. No soportaba la herencia de sus vestidos que siempre me quedaban largos y anchos y estaban ya pasados de moda. Que mamá la quisiera más que a mí, me daba un poco igual. Nací quince años después que ella y nunca tuve la tentación de imitarla porque me aterraba. La casa donde vivía con mamá era muy grande y mi habitación, la que fue antes de Blanca, era espaciosa y soleada. Tenía un tocador antiguo repleto de carmines, dos cepillos de estaño y un vaporizador de perfume que ya olía a rancio. Enfrente de mi cama colgaba un tutú rosa y unas zapatillas con punta. Y yo, cuando me despertaba, la veía a ella metida dentro del tutú con la cabeza lánguida.

Blanca.

Sus vestidos pasados de moda.

Y el tutú con su cabeza lánguida.

Mamá siempre andaba disertando sobre las bondades de Blanca, fumando un cigarrillo detrás del otro. Cuando daba una calada, apretaba muchos sus labios y el carmín rojo que siempre utilizaba, fluía por los surcos alrededor de su boca como pequeños manantiales. Se le quedaba una boca de loca que a mí me espantaba. Una boca de loca esperpéntica. Una boca de loca. La inteligencia de Blanca. Su interés por la literatura y el arte. La elegancia al caminar, como si se elevara un centímetro del suelo. Mamá siempre decía que si no fuera hija suya, podría ser descendiente de una familia de sangre azul. Muchas tardes, mamá se ponía el tutú de Blanca y aparecía en el salón de puntillas moviendo los brazos imitando el aletear de un pájaro. Sacaba el disco de Tchaikovsky, lo miraba al trasluz, lo limpiaba con una gamuza y lo ponía en el tocadiscos con suma delicadeza. Como siempre le temblaba el pulso, al colocar la aguja, se escuchaba un chirrido ensordecedor. Me miraba, con ojos que a mí me parecían de espanto, se colocaba una sonrisa artificial, estiraba ese cuerpo eterno, levantaba la cabeza, y a mí me daba la sensación de que su cuello crecía, y comenzaba a hacer pirouettes alrededor de la habitación con un

spot perfectamente ejecutado. Cómo si la cabeza fuera inmóvil y solo girara el cuerpo. Terminaba delante de mí haciendo una reverencia. Cuando se me olvidaba, me indicaba con un gesto que aplaudiera. Luego se sentaba a mi lado, encendía un cigarrillo, me levantaba la barbilla y me decía que mi cuello era muy corto. Que lo habría heredado de mi padre.

Los surcos alrededor de su boca.

Tchaikovsky.

Y mi cuello corto.

Hoy es 24 de Abril. El día que nació y murió Blanca. Recuerdo su figura sentada detrás de Bosco en su flamante moto. Recuerdo cómo desaparecía por el camino con su fular de seda al cuello bailando al son del lago de los cisnes. Y de los desgarradores gritos de Bosco pasados cinco minutos. Y de mamá abriendo la puerta de casa. Mamá tapándose la boca con los ojos desorbitados. Bosco convulsionando por el llanto, y Blanca en sus brazos con la cabeza lánguida, la lengua hinchada y morada fuera de su boca, y el fular de seda manchado de grasa retorciendo su cuello.

Me miro al espejo y no me disgusta mi aspecto. Me gusta mi piel cetrina, mis gruesos labios, mi nariz prominente, mi cuello corto y mi cuerpo normal.